

dados y un cabo para hacerlos entrar en razón, si su altiva mirada no los hubiera mantenido á cierta distancia. No era mujer para correr aventuras.

En aquella época fué cuando ocurrió el siguiente lance novelesco, conocido tan sólo por sus más íntimos amigos.

## XI

### Comedia hecha por Esther.

Gantua iba á verla de cuando en cuando. Esther le había dicho:

—Ha hecho V. mi caricatura, y es menester que haga V. mi retrato.

La joven no tenía tiempo para vivir ni para descansar un momento; pero él le prometió cogérsela al vuelo. Un día se presentó acompañado de su aprendiz, que le llevaba el caballete y la paleta: el mismo que antes le conducía la escalera cuando era pintor de muestras.

—Es listo el aprendiz,—le dijo Esther.

—Sí, y además sirve para dos cosas á la par; cuando tengo convidados, sirve á la mesa; se lo recomiendo á V.; no se bebe más que dos botellas de champagne por sesión.

—¡Diablo! (dijo Esther, recordando su antiguo estilo): ¿tiene tiempo de echarlo en la copa, ó lo bebe en la botella?

—De cualquier modo.

—Tengo un negro para los días de recepción,

y ando buscando otro. Si pudiera V. pintar de negro á su aprendiz, ya le tenía.

—Ya lo he hecho; pero aquel día me pidió doble salario, y bebió como cuatro.

El aprendiz saludó y salió. Gantua puso manos á la obra; empezó el retrato con algunos toques de mano maestra. Para darle más estilo, le dibujó un poco mayor que el modelo; supo apoderarse perfectamente de la expresión, de la energía y la dulzura, de lo burlón y lo encantador, del resplandor de su mirada y de la sonrisa de sus labios. Acentuó bien la frente, la barba, la nariz de finas y movibles ventanillas, su actitud, si no de una Minerva, de una Juno. La aduló un poco en los brazos y en el pecho, sin separarse, sin embargo, mucho de la verdad. Mientras pintaba, le refería mil bonitas historias de la época en que cantaba en la Plaza Real, consiguiendo de este modo que pasaran las horas sin sentir para su modelo.

Pero á la tercera sesión se detuvo de pronto, se dirigió hacia ella, y le dijo tomándole una mano:

—Esther, ¡si supieras cuánto te amol....

La joven se sorprendió con aquella inesperada salida.

—¡Vaya una ocurrencia! ¿Se ha vuelto V. loco?

—Sí; estoy loco cuando la veo á V., y cuando no estoy á su lado; aunque á pesar mío, hace

mucho tiempo que alimento en mi pecho esta pasión.

—¡Pobre amigo mío! Le profeso á V. el cariño de la amistad más profunda, pero nada más.

—¿Y qué es la amistad? (dijo el pintor, que perdía la cabeza.) Considere V. que la amo hasta el punto de que firmaría mi sentencia de muerte por un día de felicidad que me concediera V.

—Vamos, Gantua; sin duda está V. representando una comedia.

—No, es la verdad, sólo la verdad, la que le digo; si no me ama V., quiero morir; porque el amor que me ha inspirado V. es un constante tormento para mí. Nadie ha estado nunca tan poseído del demonio como yo lo estoy por esta pasión; he intentado no ver á V., pero mientras menos la veía, mayor era mi cariño.

Esther no quería creer que aquello fuese una cosa seria, porque tenía á Gantua por un marullero; era muy posible que fingiera estar desesperado para atraerla á sus brazos.

Empezó por burlarse de él, diciéndole que no existía la pasión más que en las tragedias antiguas, y que en la moderna sociedad sólo existía la comedia y la farsa.

—Mi querido Gantua, si toma V. en serio las historias de amor, si mariposas negras vienen á revolotear á su alrededor, lo mejor que puede

V. hacer, es no creer en las unas ni hacer caso de las otras.

—No dice V. lo que siente (dijo el pintor con tristeza), puesto que V. misma ha estado apasionada; no me lo ha dicho V., pero yo descubrí su secreto.

—Está V. en un error, pues era tan sólo una comedia; tranquilícese V., mi buen amigo; no caiga V. en esas tonterías del corazón. Es menester vivir para sí y para el arte.

—¡El arte! Sí, cuando uno es amado, es muy hermoso; pero, ¿qué es el arte sin el amor? ¡Una ilusión!

—Ya hablaremos de eso; por hoy levantemos la sesión.

Esther desapareció, después de murmurar estas palabras. El pintor volvió á coger los pinceles; pero no se encontró con bastante valor para continuar. Tomó el sombrero, y salió, jurando no volver más.

Juramento de enamorado. Apenas llegó á la calle, cuando sentía haber partido, á pesar de que no esperaba llegar á conmover aquel corazón de mármol.

Esther no había confiado á nadie más que á Lili su amor hacia M. de Ravigny; pero Valía la conocía demasiado bien para no leer en su corazón y penetrar su secreto. El pintor había ido á casa de Valía, que le recibió con los bra-

zos abiertos, como á su más antiguo amigo; casi tengo la seguridad de que entre los dos había habido algo más que pura amistad, porque Valía no era desdeñosa, ni había puesto delante de su virtud ningún muro como el de la China. Refirió á Gantua su triste existencia y la de Esther desde que habían llegado á París. Le habló de la virtud de su hermana; pero no le ocultó que, á poco más, hubiera caído en los brazos del más hermoso y más encantador secretario de embajada, según su expresión.

—No se consolará en mucho tiempo,—añadió.

—Ya habrá alguno que la consuele.

Gantua no desconfiaba de nada en el mundo, y se consideraba hermoso y con talento. Esther se le había aparecido en otros tiempos como un sueño: antes que Choron, había descubierto él que llevaba una estrella en la frente; la amistad que la profesaba se convirtió entonces en fraternidad y amor. Cuando la volvió á ver en el teatro, la fraternidad se desvaneció, y quedó tan sólo un hombre enfrente de una mujer. En vano había querido dominar su corazón. ¿Qué significa la razón enfrente del amor?

Rudo golpe sintió cuando corrió la voz de que Esther se había entregado á M. Matador, bajo el pretexto de regalar una casa de campo á su madre. Pero cuando su pasión aumentó más

fué cuando todo París habló de M. de La Marche. Si así pasaba de un amor á otro, no veía la razón para que no le llegara á él también su hora; á él, que le tenía completamente hechizado; á él, que había conseguido llegar á ser un buen artista después de haber sido pintor de muestras, como ella había llegado á ser una gran comedianta después de haber cantado por las calles.

Estas dos existencias casi iguales, ¿no debían llegar á unirse un día por la fuerza del destino?

El pobre Gantua no medía bien las distancias: era hermoso, pero sólo hermoso hasta cierto punto; hermoso entre las mujeres de cierta clase, porque era uno de los últimos representantes de aquella época de que los actores Bignon y Lafontaine han sido las expresiones más acentuadas.

Si Esther había caminado con el paso de las diosas hacia la suprema distinción, él había avanzado con el paso de los artistas. En su estudio no dejaba de tener aire distinguido; pero en la sociedad, aquel aire distinguido se convertía en maneras teatrales y un tanto vulgares. Se burlaba, no sin razón, de los *dandys*, siempre estrictamente ajustados á la última moda del día, los cuales, según él, eran sólo curiosidades á propósito para el escaparate de un peluquero; pero, á pesar de sus burlas, aquellos hombres

que giraban alrededor de Esther, tenían todos un no sé qué de elegante y desembarazado en sus maneras, que era como recuerdo de *L'Œil de Bœuf*, y esas actitudes no se adquieren ni en la misma escena, á no ser Menjaud, Bressant ó Delaunay, esos nobles por derecho de conquista, ya que no por derecho de nacimiento. Estando Esther por los nobles, Gantua salía perdiendo. Valdría tanto como ellos; pero ¿por qué no poseía ese aire especial que subyuga á las mujeres, aun á las más discretas, esclavas todas del prestigio del ingenio y de la moda?

La mujer tiene privilegios que no tiene el hombre. Aquella varía y se aristocratiza, según sus medios, mientras que el hombre no puede ennoblecerse sino cambiando de piel.

Después de una noche de insomnio, volvió Gantua para continuar el retrato. Encontró á Esther glacial, pero siempre buena. Quería convencerle por medio de la dulzura de que era su verdadera amiga, porque no quería de ningún modo herir un corazón tan leal. Pero Gantua abusó de la paciencia de aquella mujer, que no tenía nada de paciente. Él le decía:

—Espere V. cinco minutos; un par de pince-ladas solamente.

Esther no se estaba quieta; hablaba con él, ó repasaba un papel, sin acordarse de que estaba

allí. Él, por su parte, la devoraba con los ojos; la joven se dignaba algunas veces encenderle los cigarros; todo esto era como otros tantos besos de aquella boca inaccesible para él. Otras veces le dejaba sólo con su retrato, y se marchaba, bien para recibir alguna visita, para vestirse ó para ir al teatro.

Mas de una vez había almorzado con ella; pero permanecía tanto tiempo en la mesa, contándole historias que ya conocía ó que adivinaba, que no le volvió á invitar.

Entonces fué cuando se representó la comedia sentimental que voy á referir.

## XII.

## La moral en acetón.

En vano arrojaba Esther agua al fuego; pues el incendio aumentaba más cada día.

—Ese hombre es un pequeño Vesubio (dijo la Comedianta); afortunadamente no soy Pompeya.

Gantua, por su parte, se decía diariamente:

—¿Quién sabe? El presente es suyo, pero el mañana será mío.

Temiendo fastidiarla, se ciñó estrictamente al papel de amante platónico.

Cuando se terminó el retrato, le escribió Esther lo siguiente:

*«Amigo mío: Envío á V. tres billetes, dos que tienen una buena firma, pues llevan la de SOLEIL, y otro que no tiene curso en la plaza, porque está firmado por*

»ESTHER.

*»Venga V. al teatro á verme cuando trabaje.»*